

Guido Castillo: recuerdos de un profesor intuitivo y espontáneo

Hortensia Campanella

1964. La veintena de jóvenes que iniciábamos los cursos de literatura en el Instituto de Profesores Artigas, en el viejo edificio de la calle Sarandí casi Zabala, sabíamos poca cosa de lo que nos esperaba. La mayoría sentíamos el fervor de las lecturas, acabábamos de pasar un difícil examen de ingreso que había reducido el numeroso grupo aspirante hasta esta modesta colección de saberes, intereses y aspiraciones que seríamos compañeros de estudios durante al menos cuatro años. Sabíamos que no hacía tanto tiempo que se había creado la institución (1951), con la intención de dar la más sólida formación a quienes aspiraban a ser profesores en todas las asignaturas de la enseñanza secundaria. Y en literatura se había hecho clara una escisión, y de algún modo cierto antagonismo, con los estudios que se desarrollaban en la Facultad de Humanidades y Ciencias, aunque muchos la frecuentábamos y hasta había docentes compartidos. Pero en un ambiente reducido, todo se sabía. Por ello sabíamos que íbamos a disfrutar de un privilegio: contar durante la carrera con unos profesores de excepción en el panorama intelectual uruguayo. ¿Quién de nosotros, que hubiéramos frecuentado las revistas, las páginas de crítica, las ediciones nacionales, podía ignorar quiénes eran Carlos Real de Azúa, José Pedro Díaz, Domingo Bordoli, Carlos Rama, Rubén Yáñez, Guido Castillo...?

Así, cuando empezamos a conocer las peculiaridades de cada uno de ellos en el día a día, ya teníamos cierta idea de la trayectoria de esos profesores, de su obra previa, algunos más por su formación o por su trabajo, otros solamente por curiosidad, y nos pasábamos los datos con cierta ansiedad y otras veces con orgullo. La experiencia de los que nos habían antecedido en los estudios era cantera de chismes sabrosos, advertencias útiles, sorprendentes detalles.

De Guido Castillo no conocíamos libros de crítica, aunque su fama era, precisamente, la de un especialista en la literatura española, con especial énfasis en la poesía. Después entenderíamos ese vacío

de publicaciones de largo aliento cuando empezamos a vislumbrar una personalidad que gustaba de lo espontáneo y fragmentario, tanto en las lecturas como en la expresión. O eso nos pareció... Pero su presencia en la revista *Asir*, junto con su colega Domingo Bordoli y al admirado poeta Líber Falco, nos había llegado cuando buscábamos algunos artículos. Algunos compañeros, más refinados en sus lecturas, nos hablaron de su presencia en *Entregas de la Licorne*, exquisita revista de la que fue secretario acompañando a su creadora, la poeta Susana Soca. Poco tiempo después, Carlos Real de Azúa, en su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, comentaría que Castillo pertenecía a lo que puede llamarse «la generación de las revistas», debido a la abundancia de estas, tal vez por la brevedad de vida que conseguían, pero sobre todo por el ímpetu de los jóvenes críticos que formaban la más conocida como generación del 45.

Aunque él no mencionaba sus años de formación, ni hacía alardes de erudición o de contactos, no pudimos menos que enterarnos con admiración de su relación juvenil con el artista Gonzalo Fonseca y, en general, con el para nosotros mítico Taller de Torres García, cenáculo creativo alrededor del gran artista que, luego de su muerte, había continuado en sus discípulos.

Desde el principio, sus aproximaciones pedagógicas fueron de índole intuitiva, profundizando en la búsqueda de la significación de la palabra y el estilo mediante comparaciones, juegos y paradojas que nos resultaban atractivas y que con el tiempo revelaban su gusto y conocimiento del barroco español. Real de Azúa menciona en ese sentido la influencia directa y magistral del español José Bergamín, que había pasado dos temporadas en Uruguay con notorio predicamento en medio de un grupo de jóvenes escritores, como Amanda Berenguer, José Pedro Díaz, Ida Vitale, Ángel Rama. Cuando muchos años más tarde conocí a Bergamín en Madrid, me relató innumerables anécdotas felices de su relación con aquellos jóvenes, entre los que estaba Castillo, a la sazón exiliado en la capital española. Y no pudo evitar señalarme, con su característico humor, cómo la vida le daba la razón al gusto por las paradojas que ambos cultivaban: español y uruguayo habían intercambiado con los años la condición de exiliado, lo que Bergamín había vivido en 1939, desembarcando en Uruguay en 1947, a Guido Castillo le había llegado en 1973.

Pronto las clases se enriquecieron con debates interesantes: Castillo apartaba claramente cualquier abordaje psicológico y mucho

menos historicista, y los alumnos, algunos impregnados por una atmósfera crecientemente preocupada por lo social, otros, encandilados por la modernidad de ciertos enfoques críticos, se enfrentaban a unos conceptos tal vez injustamente considerados esteticistas. Así, tradición y modernidad dirimían posiciones; Castillo, derrochando cultura existencial, y algunos alumnos citando a Barthes. Debía estar acostumbrado porque demostraba una gran paciencia.

Sabíamos algo de su vida personal: con una familia numerosa, sus numerosas exigencias laborales muchas veces nos dejaban a la espera de su presencia, o sustituía las clases formales por unas frecuentemente muy ricas charlas de café. Su bonhomía llegó al final del curso a invitarnos a su casa para complementar ausencias. Sin duda, Guido Castillo fue en esa época uno de los últimos referentes de la cultura de la tertulia, del enriquecimiento del profesor al alumno por lo que podríamos llamar ósmosis, contacto informal, búsqueda del talento.

A partir de esos años sesenta, la situación del país, tanto política como educativa y culturalmente, empeoró de manera radical. Nuestra generación de estudiantes perdió un año en protesta por esa situación, pero el ejemplo de muchos de nuestros profesores fue un aliciente para crecer como personas y como profesionales de la educación. Nos dispersamos por motivos laborales, pero también políticos, y varios terminamos en el exterior obligadamente. En 1973, Guido Castillo debió tomar la decisión de exiliarse y, como no podía ser de otra manera en alguien tan ligado a la cultura hispánica, eligió Madrid, aunque parte de la familia también vivió en Barcelona, lugar donde en definitiva murió en 2010.

Allí volví a encontrarme con mi antiguo profesor, cuando a mi vez debí exiliarme en 1976. Y fui testigo de una hermosa relación intelectual y, sobre todo, humana. Sin duda, en aquella lejana experiencia en la revista *Entregas de la Licorne* había comenzado una entrañable amistad con Juan Carlos Onetti, que tenía ramificaciones familiares de uno y otro lado. Y cuando el escritor se vio obligado a salir de Uruguay por la prisión y acoso de la dictadura, Guido fue un buen apoyo amistoso para lo que Onetti vivió como un drama.

Para ninguno fue una época fácil, por más que la cultura española fue solidaria con los exiliados del Cono Sur. Todos pudimos publicar en la excelente revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, y los

artículos de Guido Castillo nos devolvieron al gran crítico que había sido. La labor del embajador Juan Ignacio Tena Ybarra como director del Instituto de Cultura Hispánico y de sus colaboradores, los poetas Luis Rosales, Félix Grande y Paca Aguirre, tuvo una gran repercusión en el bienestar de ambas familias. Recuerdo a Guido junto a Onetti, en las pocas salidas de este, en la presentación de *Dejemos hablar al viento*, en 1979, y, sobre todo, como un importante puntal cuando en 1980 fue galardonado con el Premio Cervantes, importantísimo en sí mismo, pero cuya entrega implicaba una sobrecarga psicológica notable para el autor de *El pozo*. Cuando oímos el discurso de aceptación del premio, emocionante por tantos motivos, pero especialmente por buscar en el *Quijote* «un ejemplo supremo de libertad y de ansia de libertad», no pude menos que recordar las palabras de Guido en las frías aulas del IPA.

Las redes de la amistad casi siempre dan frutos enriquecedores. Un jovencito español que había nacido en 1936 recaló con su familia en Montevideo en 1950, se enamoró del teatro bajo el magisterio de otra exiliada, Margarita Xirgu, la gran impulsora de la escena uruguaya, y mientras duró su estancia allí —hasta 1963— labró amistad con gente del teatro y la cultura como Guido Castillo y Antonio *Taco* Larreta. Ambos, como tantos de sus compatriotas, trataban de sobrevivir en Madrid en esos años setenta. El joven se había convertido en una figura popular del teatro y el cine español, y había elegido llamarse con sus dos apellidos: Sancho Gracia. De inmediato compartió proyectos de cine y televisión con esos dos talentosos uruguayos y así surgieron los exitosos guiones de las series televisivas *Curro Jiménez* —de arrolladora popularidad y duración—, *La máscara negra* y algunas películas que permitieron que el exprofesor Guido Castillo pudiera apoyar el desarrollo de sus cuatro hijos.

El tiempo pasa, celebramos el centenario de Guido Castillo, quien pudo tener una vida plena y que, como su amigo Onetti, decidió permanecer en la tierra de sus poetas amados hasta la muerte. Pero todavía puedo oír su voz gruesa trasladándonos la especial cadencia de los poemas que nos acompañan siempre.